

El Espejo del Cielo

María dejaba correr sus lágrimas, se cogía su cabeza entre sus manos, mientras murmuraba algo inentendible. Siempre había querido ser aceptada, pasar desapercibida, pero siempre terminaba siendo el bulto donde todos descargaban sus golpes. Se miró otra vez al espejo, buscando la falla, el error que para todos era tan evidente, que los llevaba a reírse y burlarse de ella.

- ¿Quizás un poco gorda? ¿o quizás fea? Pensaba María entre sollozos.
- ¿Por qué me odian?

El odio empezaba a buscar raíz en su corazón, sentía odiarlos a todos, si pudiera los quemaría vivos, pero los haría sufrir mientras ella les recordaba que nada había hecho, así pensaba María.

- Toda la vida los he buscado, he intentado ser su amiga, amiga de todos, pero nada está bien. Intento hablar como ellos, callar como otros, mirar con disimulo, mirar frescamente, pero nada está bien, me han ingresado en la lista negra y parece que nunca me van a sacar de allí.

La soledad, el odio, la autosuficiencia, son invitados cada vez más comunes en la compañía de María.

- Dios, quiero ser libre de esto, quiero ser aceptada, pero nunca lo logro, ¿Por qué Señor, por qué?

Solo el silencio la rodeaba, su llanto y esa sensación de estar cayendo en un vacío sin fondo, que poco a poco se iba apoderando de ella. Pero una voz la hizo quedar de una pieza, pálida, pero al momento de llorar.

- ¿Por qué lloras María?
- Me estaré volviendo loca, ahora estoy escuchando voces.
- ¿Llamas mi nombre y cuando te respondo huyes de mí?

Apretó sus ojos en temor, se dio cuenta que la voz era del Señor, se negaba a creerlo en su interior, pero su temor a ofenderlo la hizo responder:

- Nadie me quiere, siempre me odian, nunca nadie me acepta.
- Yo te acepto María, Yo te amo. Siempre he estado a tu lado, pero nunca te has preocupado por lo que yo pienso o digo.

María pensó por un momento, ella había hecho con el Señor lo mismo que hacían con ella.

- Perdón Señor, perdóname. Pero tú eres Dios, yo soy solo una pobre mujer que nadie quiere.
- María... ¿Has amado a los que te han ultrajado, has orado por ellos, has dado tu vida por ellos? Yo lo he hecho, por ti y por todos, y muchos me han insultado, vienen a mí a obtener sus peticiones y luego se van, otros no quieren saber de mí, pero Yo los he amado, y los amo aún, de tal forma que mi casa está abierta para ellos si así lo quisieran. ¿Y mi opinión, es importante para ti?
- Sí Señor, respondió María, ahora con su cabeza doblada, y muy triste pensando en lo que el Señor le hablaba.
- Yo creo que eres una mujer en la que puedo confiar, eres una mujer de palabra, de fidelidad, eres inteligente, llena de amor, de paz, de vida, de misericordia...

María no lo soporto más e interrumpió al Señor en su descripción:

- Pero mi Señor, yo no tengo nada de lo que has dicho, soy gorda, fea, llena de resentimiento, infiel, mala amiga...
- María...
- Perdón Señor, perdón...
- ¿En qué espejo te has estado mirando?
- En el de la casa, que está en el corredor, dijo ella sin pensar.
- Debes mirarte en mi Palabra, mi Palabra es el mejor espejo, ella te mostrara la imagen que yo veo de ti.

María sintió como los colores le corrían por la cara y no pudo aguantar más y se tapó la cara con sus manos:

- Perdón Señor por mi torpeza.
- No te llames mas así, eres inteligente, Yo digo que lo eres, ¿sabes tú más que Yo?
- No, por supuesto que no...

Y la luz empezó a entrar a María, que de repente sintió como si la hubieran metido a un cuarto lleno de luz y le hubieran quitado una venda de los ojos, toda su vida se había mirado en el espejo de los ojos de los demás, en lo que ellos decían de ella, en lo que el mundo decía de ella, en lo que ella misma pensaba de ella, y nunca se había mirado en el espejo del cielo, La Palabra de Dios.

- María recuerda que te amo, tú eres mi preciosa hija, por ti di mi vida, dilo ahora con tus labios y recuérdalo el resto de tus días.
- Señor no te vayas, quédate conmigo.
- Nunca me he ido María, nunca has estado sola.

Por primera vez en muchos días, Mario dejó salir una gran sonrisa, mientras lágrimas de alegría corrían por sus ojos.

- Yo te amo a ti, mí Rey y Señor, espejo de mi vida, luz de mi vida y mí caminar, bendito sea tu nombre, porque me has hecho fuerte, inteligente, hermosa, sabia, llena de vida, porque soy tu hija.

Amén.

Henry Padilla Londoño